**Día II Octava de Navidad - San Esteban**

26 de diciembre de 2020  
Hech 6,8-10; 7,54-60  
Sal 30  
Mt 10, 17-22  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Ayer, el nacimiento de Jesús: el Verbo se hacer carne; la luz, que es la vida del hombre brilla sobre las tinieblas y se hace presente en lo pequeño, en lo sorprendentemente insignificante. En Jesús todo es una unidad: no se pueden separar las facetas de su vida. Está bien, sí para meditarlas separadamente, para comprenderlas, pero solo a condición de que no perdamos de vista que en él no hay divisiones. En Jesús todo es una unidad: el Verbo se ha hecho carne, la Divinidad se ha hecho hombre, para hacer al hombre Dios. Ese es el objetivo de la Trinidad: hacer partícipe al ser humano de la divinidad de Dios. Desde que Jesús se ha hecho hombre, que es lo que celebramos con tanta alegría el día de ayer, el hombre está en el centro de la Trinidad. Y que el hombre viva desde ahí, siendo consciente de quien es, de su auténtica identidad, es lo que el Evangelio trata de enseñar.

Vivirse desde la experiencia de estar en el centro de la Trinidad es el trabajo que el Espíritu Santo, con nuestro consentimiento, realiza en nuestros corazones. Vivirse desde la Trinidad supone adoptar, desear y experimentar las actitudes, los sentimientos, del mismo Dios. Y Dios es, por encima de cualquier cosa (si se pudiera decir así, porque en Dios no hay nada por encima de nada…) misericordia; es decir: inclinación ante el débil, entrega, donación absoluta, acogida, abrazo, fidelidad, amor entrañable, vaciamiento de sí mismo hacia el hombre…

La Liturgia, por eso, nos presenta hoy, justamente después del Nacimiento de Jesús, la figura de Esteban. ¿Por qué?: porque es el primer testigo de Jesús que entrega su vida hasta el límite, hasta la muerte. ¡Vaya destino el de Esteban…; alguien que había sido elegido por los apóstoles para que sirviera las mesas! ¿Quién lo iba a decir? Pero es que Esteban es el prototipo del cristiano poseído por el Espíritu, sirva la mesa o realice una misión destacada; para el Espíritu eso da igual. Esto demuestra que ***la única misión destacada para Dios es la de ser poseído por el Espíritu***; no importa que estés en primera línea o en la cocina.

Hemos oído que ante la visión de Esteban, para sus oyentes ya no existen más razonamientos y pasan directamente a la acción violenta y le aplican, fuera de la ciudad, la pena por blasfemia: el apedreamiento[[1]](#footnote-1). En sus últimas palabras, Esteban sigue fiel al Maestro pidiendo el perdón para sus verdugos. Esta mansedumbre espiritual es la típica de los auténticos testigos de Jesús: es lo que distingue a los verdaderos de los falsos mártires, que eso significa ser testigo.

En el evangelio es el mismo Jesús el que nos dice que si le seguimos habitará en nosotros el Espíritu Santo y que nos tendremos, si así vivimos, que preocuparnos en los momentos decisivos por lo que tendremos que decir o hacer. Para cuando se escribe el evangelio, ya está llevando a cabo una persecución contra las comunidades cristianas, cuyos miembros eran denunciados a veces por sus propios familiares, que podían ver en ellos un peligro para todo el clan, por las represalias que pudiera tomar la autoridad religiosa.

El texto del Evangelio alude a la oportunidad de «dar testimonio» –es el término técnico para hablar de "martirio"–, puesto que, para cuando se escribe el evangelio, existe ya una lista de mártires cristianos, que encabeza Esteban, cuya ejecución describe Lucas en los Hechos de los Apóstoles, como hemos oído en la Primera Lectura.

La clave, por tanto, de aquel que se vive desde el centro de la Trinidad, como Esteban, es dejarse invadir por el Espíritu Santo. Y un signo de que vamos por el buen camino es la mansedumbre, típica de Jesús, típica de Esteban. Podremos «matarnos» por hacer la voluntad de Dios; podemos cargar todas las horas del día con adoración ante el Santísimo; podemos realizar un sinfín de obras apostólicas en favor de los más necesitados y entregarnos a las más duras penitencias, que si no tenemos esta actitud propia de los testigos auténticos de Jesús, de la mansedumbre, y nos dedicamos a juzgar y a despotricar contra todos aquellos que no cumplen con el ser cristiano, seremos como esos címbalos que resuenan pero que son duros, fríos y metálicos por dentro.

Los verdaderos mártires practicaron la mansedumbre aun para con sus mismos verdugos, y muchas veces rogaron por ellos, a ejemplo de Jesucristo. Olvidar los propios sufrimientos para pensar en la salud de sus perseguidores y en sus almas, esa es la prueba de la más excelsa caridad y de todas las virtudes que con ella se armonizan. Como Concepción Cabrera de Armida, que solo pensó en el ser humano en un acto de martirio puro: « ¡Jesús Salvador de los hombres, sálvalos!»

Pidamos a Nuestro Señor esta virtud de la mansedumbre junto con la humildad de corazón; pidámosela en el momento de la comunión, al establecerse ese íntimo contacto de nuestra alma con la suya, de nuestra inteligencia y corazón con su ser[[2]](#footnote-2).

1. Recordar que Esteba es condenado por decir que «*Dios no habita en templos hechos por manos humanas*». Juan, años más tarde de que Lucas escribiera este acontecimiento, concuerda con Esteban y pone en labios de Jesús una palabras semejantes: «*Se acerca la hora en que no daréis culto al Padre ni en este monte ni en Jerusalén... los que dan culto verdadero adorarán al Padre con espíritu y verdad*» (Jn 4,21-23). [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. R. Garrigou-Lagrange. *Las tres edades de la vida interior I*. Ed. Morgan.2010 [↑](#footnote-ref-2)